



Estado en el que se encuentra el palacete neomodéjar conocido como Villa San Miguel, y que aparece catalogado con el nivel de protección integral, dentro del Catálogo de Edificios Protegidos del Plan General de Ordenación Urbana de Madrid. Fuente: Fotografía del autor (marzo de 2018).

Antonio Jesús ANTEQUERA DELGADO
Doctor Arquitecto

TERESA CABARRÚS Y CARABANCHEL: DE LA REVOLUCIÓN AL OLVIDO... Y LA DESTRUCCIÓN PATRIMONIAL

Hay lugares que remiten a ciertos personajes y hechos históricos; lugares impregnados de historia, pero también de recuerdos, ecos del pasado, en definitiva, de memoria. La destrucción de estos lugares lleva irremisiblemente al olvido de aquellos personajes y de los hechos que evocan. Se debilita el vínculo material con el recuerdo, hasta que finalmente este se desvanece por completo ante la falta de ese soporte físico. En Carabanchel, en la llamada Villa San Miguel, hasta hace poco aún era posible rastrear entre sus viejos muros y tapias la memoria de su vecina más universal: Teresa Cabarrús. Hoy su recuerdo parece difuminarse aún más, tras la destrucción de este lugar que paradójicamente contaba con el máximo nivel de protección urbanístico.



Francisco Cabarrús, hacia 1788, retratado por Francisco de Goya.
Fuente: Banco de España.

El lugar conocido hoy como Villa San Miguel es en realidad un conjunto de antiguas quintas desaparecidas en las últimas décadas, cuya construcción más singular era el palacete levantado por Miguel Rovira Montenegro en 1894, catalogado con el nivel máximo de protección en el Plan General de Ordenación Urbana (PGOUM), y que acabó dando nombre a todo este espacio cercado por tapias hoy derruidas.

Hoy dicho palacete ya no existe. Abandonado durante décadas, sufrió un incendio en pleno día hace unos años, y hace unos meses lo que quedaba fue demolido. Así ha acabado un inmueble singular del catálogo de elementos patrimoniales del PGOUM.

Este caso sirve para ilustrar dónde puede conducir la ruptura entre el llamado patrimonio identitario —sentido como propio por la población local— y el patrimonio oficial —el protegido por la Administración—. En la práctica la Administración lo dejó a su suerte y ahí donde no llegó la Administración tampoco llegó la ciudadanía. Veamos aquel recorrido de un lugar que pasó del reconocimiento oficial al olvido de todos y a su posterior destrucción negligente y silenciosa.

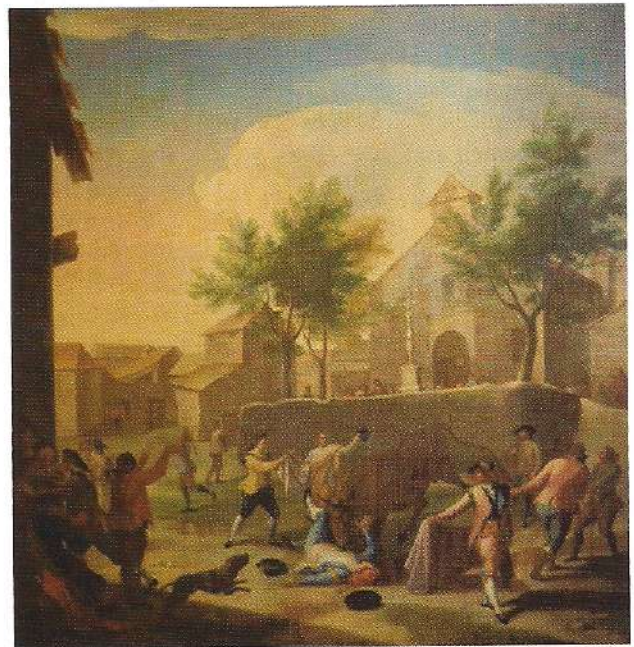
La memoria de Teresa Cabarrús en la Villa San Miguel: el Château Saint-Pierre

El entorno de la Villa San Miguel se encuentra íntimamente vinculado a la memoria de la carabanchelera más universal de todos los tiempos: Teresa Cabarrús.

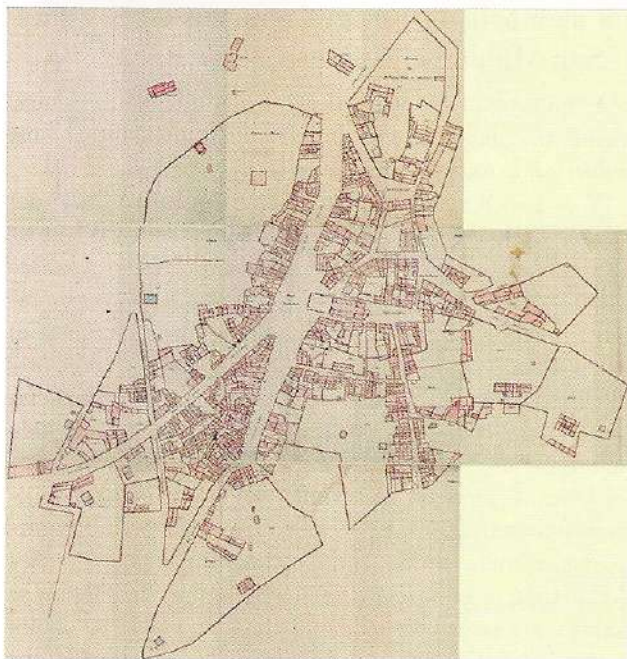
Y es que en aquel lugar se ubicó en el último tercio del siglo XVIII la fábrica de jabón del padre de Teresa, Francisco Cabarrús, financiero de origen francés nacido en Bayona, y quien llegaría a convertirse en uno de los empresarios más preeminentes de la España ilustrada, hasta el punto de desempeñar el cargo de ministro de Hacienda y Finanzas durante los reinados de Carlos IV y José I Bonaparte —hecho este último que le llevaría ser considerado un traidor al término de la ocupación francesa—.

Antes de alcanzar estas cotas de poder, Francisco Cabarrús comenzó a forjar su fortuna con una serie de negocios, entre los cuales contaba con la fábrica de jabones de su suegro, en Carabanchel Alto, municipio donde se instaló con su esposa Antonia Galabert hacia 1772. En propiedad, debería decirse que Cabarrús regentaba no una sino dos fábricas de jabones en dicha localidad, si bien una se ubicaba en el límite entre los términos municipales de Carabanchel Alto y Leganés —en los terrenos donde hoy se ubica la Fundación San José—, y la otra, la que nos ocupa, se situaba a la espalda de la iglesia de San Pedro, en pleno corazón del caserío de Carabanchel Alto.

Como señala Lasso de la Vega (2006), el uso fabril de estos establecimientos no excluía la existencia de edificaciones residenciales anexas, a modo de casas de recreo, que podían contar incluso, con sus propios jardines



Toros en Carabanchel Alto (cartón para tapiz), de Ramón Bayeu. Esta obra se realizó en 1777, el mismo año en el que nació Teresa Cabarrús. Recoge la atmósfera y el caserío existente en el municipio de Carabanchel Alto. En la iglesia que aparece al fondo sería bautizada en julio de ese mismo año Teresa. Dicha iglesia aún se conserva, siendo la actual parroquia de San Pedro Apóstol, si bien sólo subsiste el campanario —reedificado en 1780— como elemento original. Precisamente el evento taurino que se muestra se celebró para recaudar fondos con los que reconstruir el anterior campanario mudéjar. Fuente: Biblioteca Digital Memoria de Madrid.



Plano de Carabanchel Alto en 1860. En el centro del municipio se observa la iglesia con su atrio rectangular delante; a su espalda y en el otro extremo de una pequeña plaza alargada, la plaza de la Iglesia, aparecen los contornos de las fincas del área donde se enclava Villa San Miguel. Fuente: Comunidad de Madrid.

y áreas de divertimento, combinando así los principios ilustrado de progreso y desarrollo económico junto a la idea de retorno a la naturaleza y los paisajes campestres, principal atractivo que ofrecían por aquel entonces los Carabancheles.

De este modo, se ha venido considerando desde entonces aquella residencia familiar anexa a la fábrica de jabón de los Cabarrús en pleno Carabanchel Alto como el lugar de nacimiento de su hija Teresa un 31 de julio de 1777, tal y como consta en su partida de bautismo conservada en la cercana parroquia de San Pedro.

Han sostenido esta hipótesis unos recuerdos atribuidos a la propia Teresa Cabarrús hacia el final de su vida en Bélgica, en los cuales añoraba su infancia feliz y despreocupada en su Carabanchel Alto natal, transcurrida en un lugar al que se refirió como Château Saint-Pierre, nombre que evocaría, sin duda, una suntuosa villa suburbana; si bien, nunca dio más detalles de la misma, más allá de estos evanescentes y enigmáticos trazos (López Izquierdo, 1979).

Desde entonces ha constituido una suerte de *obsesión histórica* para los estudiosos de la historia de los Carabancheles dar con la localización exacta del legendario Château Saint-Pierre. Así, se barajaron diversas hipótesis, como que fuera la desaparecida finca de los Montijo, antes de ser adquirida por estos, o que se tratara del cercano palacio de Godoy, actual colegio Hermanos Amorós.

Sin embargo, ambas hipótesis están hoy descartadas, al conservarse todos los registros notariales de las mismas y no figurar en ningún momento la familia Cabarrús como propietarios en ninguno de los dos casos aludidos (Lasso de la Vega, 2006b; Sánchez Molledo, 1998).

Emerge, por tanto, como principal candidato, el lugar donde se sabe que estuvo una de las fábricas de su padre,



Fragmento del plano de Facundo Cañadas de Madrid y sus municipios colindantes (1902). Se observan las distintas quintas que se levantan en el ámbito que se extiende entre la plaza de la Iglesia —hoy, plaza Seis de Diciembre— y la carretera a Villaverde —hoy, calle Aguacate—. Fuente: Comunidad de Madrid.

y que además queda detrás de la antigua iglesia parroquial, dedicada precisamente a San Pedro. De este modo, ha arraigado con fortuna en el imaginario colectivo, la vinculación entre los Cabarrús y aquellas centenarias tapias con su palacete conocidos desde finales del siglo XIX como Villa San Miguel:

El rastro de Château Saint-Pierre está, hoy, totalmente desaparecido. A decir verdad, la inmensa mayoría de los Carabancheleros ni siquiera ha oído hablar de este edificio. De su ubicación tan sólo se sabe, con exactitud, que se construyó en la parte más elevada de Carabanchel Alto y que, desde sus balcones, se contemplaba una amplia vista de Madrid. Partiendo de esta vaga idea podemos pensar que el Château se alzaría coronando la suave loma en la que se encuentra la iglesia parroquial, dedicada, precisamente, a san Pedro Apóstol, coincidencia que reforzaría esta hipótesis.

[...] Entre las construcciones antiguas de Carabanchel aún se conserva, justo detrás de la citada iglesia parroquial y en la parte más alta del barrio, una hermosa casona, con cierto aire de castillo, con amplios y hermosos jardines y con una vista magnífica sobre la capital, la llamada Villa San Miguel, que responde bien a lo que sabemos del Château. (Barciela, 2013: 267)

Barciela incide en un aspecto capital que ya hemos comentado: el Château Saint-Pierre es un lugar del que prácticamente nadie en Carabanchel ha oído hablar en su vida. Pero este desconocimiento por desgracia se hace extensible a la propia figura de Teresa Cabarrús, una de las grandes olvidadas por la historiografía madrileña.

A los vecinos de Carabanchel Alto les puede resultar algo más familiar, en tanto que cuenta con una minúscula y estrecha callejuela precisamente junto a la tapia de la antigua Villa de San Miguel. Sin embargo, hoy día la memoria del callejero de Carabanchel Alto está monopolizada por la *carabanchelera de adopción* Eugenia de Montijo.



Teresa Cabarrús, hacia 1804, cuando era conocida como Notre-Dame de Thermidor. Fuente: Musée Carnavalet.

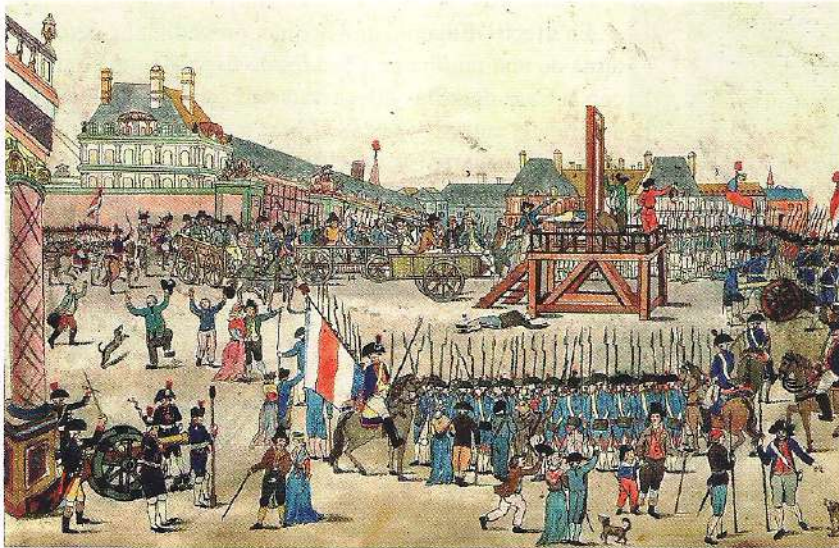
En efecto, Eugenia de Guzmán procedía por parte paterna de una familia de Grandes de España emparentados con la Casa de Alba, y llegaría a ser la emperatriz consorte de Francia entre 1853 y 1871, tras su enlace con Luis Napoleón Bonaparte (Napoleón III). Mujer de ideas conservadoras y de fuerte carácter, su figura resultaría decisiva a la hora de que el Segundo Imperio Francés defendiera las prerrogativas del papa frente al proceso de unificación de los distintos Estados italianos, o declarara la guerra a la Prusia de Bismarck —hecho que a la postre fue fatal, pues precipitó la caída de Napoleón III y la instauración de la III República Francesa tras la derrota de Francia—. En definitiva, Eugenia de Montijo fue la imagen del Segundo Imperio Francés, una monarquía conservadora y católica, aliada de la monarquía española de Isabel II.

Por otro lado, Teresa Cabarrús era hija de un industrial francés de ideas ilustradas, que llegó a ser ministro de Hacienda con el Rey Usurpador, José I, es decir, era la hija de un afrancesado —así y como escarnio póstumo por su papel *colaboracionista* con los invasores franceses, los restos mortales de Francisco Cabarrús fueron profanados de su túmulo en la catedral de Sevilla—.

Teresa fue enviada con doce años a Francia por su padre, escandalizado tras recibir una propuesta de petición de mano de un tío de Teresa, mucho mayor que ella. Una vez en Francia, Teresa se codeó con las élites parisinas de finales del XVIII, convirtiéndose en amante y confidente de aristócratas y líderes políticos de la Revolución Francesa. Este fue el caso de Tallien, quien se enamoró perdidamente de ella.



Maximilien Robespierre (izquierda) y Jean-Lambert Tallien (derecha). Destacados líderes jacobinos en la Revolución Francesa. El primero llegó a ser miembro del Comité de Salvación Pública, entidad que gobernó Francia durante el Terror, periodo caracterizado por las ejecuciones sumarias y masivas en la guillotina contra los considerados traidores o contrarios a la Revolución. Tallien, en un primer momento, fue el responsable de decretar estas ejecuciones en Burdeos; sin embargo, y tras convertirse en el amante de Teresa Cabarrús, comenzó a moderar sus políticas, lo que le llevó a ser objeto de desconfianza por parte de Robespierre, quien ordenó el encarcelamiento y ejecución de Cabarrús. Fuente: Wikimedia Commons.



La ejecución de Robespierre el 28 de julio de 1794 en la plaza de la Revolución, París —hoy, plaza de la Concordia—; lugar donde anteriormente habían sido ejecutados cientos por orden suya. Fuente: Biblioteca Nacional Francesa-Gallica.

Esta circunstancia resultaría decisiva en el devenir de la Revolución: Robespierre, quien sentía unos celos atroces hacia Teresa por su creciente popularidad e influencia en los círculos jacobinos, ordenó su encarcelamiento y ejecución. Pero una misiva de Teresa a Tallien enviada durante su cautiverio sería la que dio un vuelco a la situación.

Con un escueto pero lapidario «Muerdo desesperada por haber pertenecido a un cobarde como tú», Teresa motivó que Tallien se decidiera a derrocar al hasta entonces todopoderoso Robespierre, quien acabó guillotinado, poniendo de este modo fin al período conocido como el Terror, a través de la llamada Revolución de Thermidor.

Asimismo, Teresa Cabarrús participó activamente en la vida política de la Francia revolucionaria, llegando a registrarse un *Discours sur l'éducation par la citoyenne Thérèse Cabarrus* en el Templo de la Razón de Burdeos —templo laico que había sustituido al culto católico—.

Aunque el papel por el que pasará de forma indiscutible a la historia de Francia será por el hecho de hacer valer su influencia ante los principales líderes revolucionarios —sobre todo ante el temido Tallien—, para salvar las vidas de miles de franceses condenados a muerte en la guillotina (Díaz-Plaja, 1988).

De este modo Teresa Cabarrús pasará a ser conocida como Notre-Dame de Thermidor —por su papel en el derrocamiento de Robespierre— o como Nuestra Señora del Buen Socorro, por su ayuda desinteresada a tantos represaliados por la Revolución. Este hecho no pasará inadvertido para dirigentes extranjeros como el primer ministro británico de entonces, quien llegará a decir: «esta mujer sería capaz de cerrar las puertas del mismísimo infierno».

Tras casarse primero y divorciarse después de Tallien, Teresa volverá a ser un personaje clave en los salones de París en los años del Directorio, creciendo exponencialmente su lista de admiradores y detractores. Entre sus grandes amistades encontramos a Josefina, esposa de Napoleón, y cuya amistad con Teresa se forjó durante el cautiverio decretado para ambas por Robespierre. Sin

embargo, la estrella de Teresa Cabarrús irá declinando con el ascenso de Napoleón, quien receloso de ella y de su influencia sobre Josefina, la vetará sistemáticamente de todos los actos sociales imperiales, relegándola al más absoluto ostracismo.

En 1805 Teresa se retira de la vida pública francesa y se instala en Bélgica con su tercer y último marido, el príncipe de Chimay. Es en esta localidad belga donde fallece en 1835, siendo enterrada junto a su esposo en una capilla de la iglesia local (Díaz-Plaja, 1988).

Actualmente una calle en Burdeos recuerda la memoria de Teresa Cabarrús. También se llevó su vida al cine, con la película de cine mudo producida en Italia en 1916, *Madame Tallien*, en la que se pone de relieve su importante

papel en la caída y posterior ejecución de Robespierre.

Sin embargo, hoy en Carabanchel Alto, su pueblo natal, tan sólo se le recuerda con una minúscula y estrecha calle, de apenas veinte metros, que tiene, eso sí, el simbolismo de estar junto al lugar donde se cree que nació



Fotograma de la película *Madame Tallien* (Italia, 1916), con Lyda Borelli —icono del cine mudo italiano— interpretando a Teresa Cabarrús y Amleto Novelli en el papel de Tallien. Fuente: IMDb.

y vivió hasta los doce años. Eugenia de Montijo, por su parte, está indiscutiblemente mucho más presente en el callejero carabanchelero: junto a la avenida de varios kilómetros que lleva su nombre y que une Carabanchel Alto y Carabanchel Bajo, encontramos la plaza de la Emperatriz —antigua Plaza Mayor de Carabanchel Alto—, la calle Condesa de Teba —otro de los títulos de Eugenia de Montijo—, el parque Eugenia de Montijo o la cercana estación de la línea 5 de Metro inaugurada en 1999, también con su nombre.

Vemos así como Eugenia de Montijo y Teresa Cabarrús, dos mujeres tan unidas a Carabanchel, y curiosamente también a Francia, han corrido una suerte muy dispar en el imaginario colectivo madrileño. De la primera desapareció su quinta en 1969, pero quedó su recuerdo en múltiples rincones de Carabanchel; de la segunda, en cambio, ha desaparecido recientemente lo que quedaba de su antigua finca, y su memoria es mucho más difusa. Y es que a la independiente y revolucionaria Teresa Cabarrús no le ayudaron los prejuicios conservadores de su época, primero, y de la España franquista después —época en la que se nombraron muchas calles de Carabanchel—, para quienes Teresa Cabarrús no fue más que una mujer con una *vida escandalosa*.

De Escuela Apostólica a un espacio olvidado por todos

Si Villa San Miguel se asocia a la figura de Teresa Cabarrús, no es menos cierto que este lugar también se vincula por la gente de cierta edad de Carabanchel Alto con la Escuela Apostólica que allí funcionó entre los años 1950 y 1970.

En los inmediatos años de posguerra se instalaron en aquel edificio un grupo de jóvenes maestras que establecieron la llamada Escuela Apostólica. Aquellas mujeres no pertenecían a ninguna orden religiosa. Vivían en comunidad, pero estaban plenamente integradas en las actividades del pueblo. De manera muy destacada participaban en todos los actos religiosos de la parroquia. Pepita, Costa, Felipa, Conchita y Mercedes, así se llamaban estas ejemplares mujeres, realizaron una labor sacrificada, callada y magnífica en beneficio de los habitantes de Carabanchel, en particular de los más necesitados. (Barciela, 2013: 267-268)

Ciertamente aún es posible escuchar entre la gente mayor del barrio palabras de cariño hacia aquellas mujeres que regentaron aquella escuela. Así lo podemos constatar en una emotiva necrológica aparecida en 1994 en el periódico local *Barrio*:

Ha fallecido Pepita del Olmo. Para los carabancheleros que llevan menos tiempo viviendo por estas calles, puede ser que esto les suene a chino, pero para los que llevamos más, es fácil recordárselo.

Pepita es esa señora que desde los 17 años convive en nuestro barrio, ¿qué niño o niña no recuerda Villa San Miguel? De la maestra que te quitaba los mocos y cobijaba a los ni-

ños, como la gallina cobija a sus polluelos. Cuánto cariño, con cuánta entrega desarrolló su trabajo. Pepita estuvo más directa con los niños pero ¿Mercedes Pozas? Cuántos paseos con la bolsa de la compra para dar de comer a tantos niños por un módico precio, o sin precio, podían disfrutar de aquel hermoso ambiente de aquella casa... (*Barrio*, enero de 1994)

De los años en que allí funcionó aquella Escuela Apostólica Villa San Miguel, Carlos Barciela nos ofrece una interesante y gráfica descripción:

Cuando yo era niño se contaba que aquel armonioso caserón de ladrillo rojo, rematado en una especie de torre, que le daba cierto aire de pequeño castillo o palacete, lo había ordenado construir un médico en aquella zona soleada y de aire puro para que sirviera de lugar de reposo a su joven esposa, muy bella y enferma, de la que estaba profundamente enamorado. No tengo ninguna certeza, más que el recuerdo de haber oído esta historia, sobre la autenticidad de la misma. Es verdad que Villa San Miguel tenía una bella galería acristalada, orientada al mediodía, que servía entonces como aula y en la que presumiblemente aquella desgraciada mujer habría luchado contra su dolencia. Los jardines, que debían de haber sido espléndidos, se encontraban muy deteriorados porque servían como patio de recreo de los niños que asistían a clase. No obstante, todavía se conservaba una parte protegida y bien cuidada en la que había unos admirables macizos de lilas y grandes rosales. (Barciela, 2013: 268)

Precisamente de esa época data un interesante testimonio visual de Villa San Miguel. Se trata de la película *La busca* (1966), basada en la novela homónima de Pío Baroja. En ella se nos narran las peripecias de Manuel (Jacques Perrin), un joven de provincias que llega al Madrid de 1900 en busca de un porvenir. Sin embargo, esa *busca* acabará arrastrándole al mundo del hampa y la marginalidad. La película retrata ese ambiente decadente de los suburbios de la gran ciudad, filmando algunas escenas en el entorno de las quintas abandonadas próximas a Villa San Miguel. Así, en algunos fotogramas en los que deambula en compañía de los *picaros* de las afueras, podemos observar la Villa tal y como se conservaba en 1966, época en la que albergaba la Escuela Apostólica, y cuyo aspec-

Cartel de la película *La busca* (1966). Fuente: Filmaffinity.



to no dista mucho de la descripción que realizaba Carlos Barciela del mismo lugar en los años 1950.

Villa San Miguel era por entonces aquel palacete de ladrillo visto, con un cuerpo central que sobresalía cubierto con un tejadillo. Se trataba de la construcción neomudéjar levantada a finales del siglo XIX en lo que habían sido los terrenos de la antigua fábrica de jabón de los Cabarrús, desaparecida en fecha imprecisa durante la segunda mitad del mismo siglo.

Con el cierre de la Escuela Apostólica hacia los años ochenta, Villa San Miguel, parapetada tras sus altas tapias, comenzaba una nueva etapa sepultada por el olvido y devorada por el abandono.

Un espacio con la máxima protección normativa actual... destruido

Villa San Miguel llegó en un aparente buen estado exterior al año 1997, fecha de la que datan la serie de fotografías recogidas en el Plan General de Madrid. Los síntomas de abandono se atisban en su interior, donde aún podían apreciarse artesonados simulados con trampantojo cubriendo alguna de sus estancias, e incluso tapices con escenas de caza colgados de sus paredes ya visiblemente ajados por el tiempo.

Por aquel entonces, el Plan General de 1997 catalogaba el edificio con el nivel de protección integral, el más importante de todos. Se consideraba que aquel edificio era un elemento singularísimo a proteger en Carabanchel, al mismo nivel que la ermita mudéjar de la Antigua o el antiguo palacio de Godoy —hoy, colegio Hermanos Amorós—. Sin embargo, hacia el año 2010 aquel lugar que figuraba en el planeamiento urbanístico municipal con la máxima protección sencillamente no existía. Se constata además que este hecho no fue denunciado con la suficiente amplitud que debiera, ni en prensa ni en ningún otro medio de comunicación relevante. Máxime con el antecedente no tan lejano de la cárcel, demolida en 2008, y que había puesto de alguna manera el foco sobre la cuestión patrimonial en Carabanchel.

Los vecinos ubican la destrucción definitiva de aquel inmueble hacia 2007, cuando la instalación de un poblado chabolista en el interior de la parcela y un posterior incendio en pleno día acabaron por echar abajo aquella edificación histórica. En una de esas charlas con los vecinos, Fulgencio comentaba con cierta amargura:

Una mañana empezó a oler a quemado en todo el barrio, se veía una humareda detrás de la iglesia de San Pedro. ¡Era Villa San Miguel!, se estaba quemando aquel palacete, como ya hicieron con el palacio de Eugenia de Montijo. No podía ser, volvía a repetirse la misma historia cuarenta años después. Después de tantos años de abandono, con *okupas* y chatarreros allí, era algo que se veía venir. Fue la puntilla. Es una vergüenza cómo se han echado a perder tantos lugares en Carabanchel para construir pisos, o simplemente por echarlos abajo y hacer otra cosa, sin restaurar lo que ya había.



Aspecto del palacete neomudéjar de Villa San Miguel antes de su abandono en los noventa. Fuente: dibujo del autor.

José Miguel Claudio, otro vecino presente en una de aquellas charlas apuntaba:

Se veía venir lo que ocurrió con Villa San Miguel. Tantos años abandonada, cerrada a cal y canto detrás de aquellas tapias, era un solar muy jugoso para construir o pisos o nuevos equipamientos, y aquel viejo edificio simplemente molestaba. Primero el dejar que aquello se echara a perder de la forma en que se hizo... se llevaron todo, se arrancaron hierros y maderas, que se usaban para calentarse en invierno las familias del poblado que allí se instaló, y nadie hacía nada. Así que el incendio fue el remate, igual que ocurrió años atrás con el palacio de Eugenia de Montijo y las Oblatas, más de lo mismo. Se destruye parte de la historia del barrio, porque sencillamente no interesa y sale más rentable construir nuevos edificios. Lo que ocurrió con la Villa San Miguel fue lo que se dice la crónica de una muerte anunciada.

Junto al testimonio de los vecinos, podemos constatar el proceso de destrucción de Villa San Miguel a través de las ortofotos históricas disponibles.



Tapias del entorno de Villa San Miguel desde la calle Antonia Rodríguez Sacristán. Fuente: fotografía del autor (febrero 2017).



Ruinas de Villa San Miguel desde la calle Antonia Rodríguez Sacristán. Al fondo se observa el campanario neoclásico de 1780 de la parroquia de San Pedro Apóstol, lugar donde fue bautizada Teresa. Fuente: fotografía del autor (marzo 2018).



Ruinas de Villa San Miguel: un amasijo informe de maderas, muros y cascotes. Fuente: fotografía del autor (marzo de 2018).

Villa San Miguel y su desaparición ante la indiferencia de todos

El caso de la hoy desaparecida Villa San Miguel constituye un ejemplo paradigmático de la destrucción silenciosa de un bien cultural en un barrio lejos del centro histórico.

El cómo fue posible llegar a este punto lo hemos ido viendo a lo largo de las páginas precedentes. Aquella villa cerrada a cal y canto, encerrada tras unas altas y deterioradas tapias, pasó a quedar engullida por el olvido para los vecinos de Carabanchel. Así aquel lugar fue cayéndose a pedazos ante la desidia más absoluta de la Administración y el olvido involuntario de la población del barrio.

El patrimonio nos concierne a todos, a los poderes públicos y a los ciudadanos. La pérdida de un bien cultural supone la amputación de una parte de nuestra memoria colectiva, la destrucción de un legado que recibimos de nuestros antepasados.

Hoy Villa San Miguel es historia desaparecida. Para cuando fue destruido en 2007 no aparecía en la Guía de Arquitectura del Colegio de Arquitectos de Madrid. Actualmente la normativa urbanística establece que debe reconstruirse en su lugar un edificio similar al perdido. De forma aséptica, sin tener en cuenta la memoria que había acumulada entre aquellas paredes. Una memoria que remitía a aquella recordada escuela de barrio y, sobre todo, a la carabanchelera más ilustre de la historia, la hoy olvidada Teresa Cabarrús. Las palabras de Carlos Barciela en 2013 —cuando aún no sabía que se había consumado la desaparición de Villa San Miguel—, resultan más amargas, como si fueran el epítafio de una Villa cuya suerte ya estaba echada:

Probablemente nunca llegaremos a saber dónde estuvo aquel Chateau Saint-Pierre, la residencia de Francisco Cabarrús y el lugar donde nació Teresa. A mí me gusta pensar que Villa San Miguel o el palacio de Montesclaros, donde yo pasé momentos muy felices de mi niñez, fueron también los lugares en los que jugó Teresa. (Barciela, 2013: 275) ■



Vista del único paño neomudéjar en pie de Villa San Miguel, visible a través de la valla ubicada en la calle Duquesa de Tamames. Fuente: fotografía del autor (junio de 2020).

Bibliografía

- BARCIELA, C.: *Recuerdos del Madrid de la posguerra*. San Vicente del Raspeig (Alicante): Publicaciones de la Universidad de Alicante, 2013.
- DÍAZ-PLAJA, F.: *Teresa Cabarrús, una española en la Revolución Francesa*. Madrid: Silex, 1988.
- LA SSO DE LA VEGA, M.: *Quintas de recreo: Las casas de campo de la aristocracia alrededor de Madrid*, libro II: Los Carabancheles. Madrid: Ayuntamiento de Madrid, 2006.
- LÓPEZ IZQUIERDO, R.: «Los Carabancheles», en VV. AA.: *Madrid*, fascículo 24. Madrid: Espasa-Calpe, 1979.
- SÁNCHEZ MOLLEDO, J. M.: *Carabanchel: Un distrito con historia*. Madrid: Ediciones La Librería, 1998.